



bam
bú



LOS MISTERIOS DE
LAURA MARLIN

Editorial Bambú
es un sello de Editorial Casals, SA

Título original: *Kentucky Thriller*

© 2012, del texto, Lauren St John
© 2013, de la traducción, María Enguix Tercero
© 2012, de las ilustraciones del interior, David Dean
© 2013, de la ilustración de la cubierta, Allan Rabelo
© 2013, de esta edición, Editorial Casals, SA
Casp, 79 – 08013 Barcelona
Tel.: 902 107 007
www.editorialbambu.com
www.bambulector.com

Diseño de la colección: Estudi Miquel Puig

Primera edición: septiembre de 2013
ISBN: 978-84-8343-271-6
Depósito legal: B-16228-2013
Printed in Spain
Impreso en Índice, SL
Fluvià, 81-87. 08019 Barcelona

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).



**bam
bú**
EDITORIAL

1



El remolque estaba volcado en la carretera cuando bajaron la loma. Más tarde, a Laura Marlin se le ocurrió que si hubiesen hecho algo diferente aquella mañana, su historia habría sido la historia de otra persona, solo que con un final completamente distinto, y quién sabe si bueno o malo.

Laura tenía la teoría de que la vida era como un pasaje y que las cosas salían de una manera u otra dependiendo de qué puertas abrieses o de qué puertas se te abriesen. Por ejemplo, el destino podría haber querido que permaneciese para siempre en el hogar infantil de Sylvan Meadows, donde había vivido des-

de que su madre muriera al darle a luz. En estos momentos podría seguir tranquilamente en su antigua habitación con vistas al aparcamiento, soñando con una vida emocionante y llena de aventuras como las de los personajes de sus libros, cuando en realidad lo único que la esperaba era otra comida de gachas de avena pegajosas y verduras blanqueadas.

Por el contrario, en el pasillo de la existencia desesperadamente tediosa de Laura se había abierto una puerta de par en par, y al otro lado estaba esperándola nada menos que Calvin Redfern, el hermano de su madre. Era inspector de pesca, aunque parecía el protagonista apuesto pero levemente atribulado de alguna película antigua en blanco y negro. Cuando se enteró de la existencia de su sobrina cinco meses atrás, decidió adoptarla de inmediato. Sin apenas darse cuenta, Laura estaba viviendo en el número 28 de Ocean View Terrace, en St Ives, un pueblo precioso de la costa de Cornualles, había adoptado a un husky que solo tenía tres patas y participaba en todas las aventuras que podía.

Así es como había conocido a Tariq, un niño bengalí de Bangladesh, en el sur de Asia, que terminó siendo su mejor amigo. Eran de la misma edad, pero mientras que el pelo de Laura era rubio, su piel clara y aterciopelada, Tariq era del color del caramelo

quemado y tenía el pelo negro y brillante muy recortado en la nuca. Su infancia brutal como esclavo, primero en una cantera de su país natal y después en St Ives, hasta que fue rescatado por Laura, le había robado unos kilos pero le había infundido mucha fuerza, y era la causa de las sombras que a veces nublaban sus ojos de tigre antes de que su risa fácil las expulsara de nuevo.

Tariq y Laura se pasaban el día juntos y, por eso, fue la primera persona a la que Laura llamó cuando su tío despertó aquel sábado radiante de abril y decidió espontáneamente que debían ir de picnic a Sennen Cove. El día no habría podido pintar mejor si no hubiese sido porque una serie de acontecimientos conspiraron para retrasarlos.

Primero, Tariq llegó veinte minutos tarde. Cuando salía de la casa de sus padres adoptivos cerca de Carbis Bay, un coche frenó con un chirrido para no atropellar a un gato, y el chico tuvo que ayudar con el animal a su padre adoptivo, Rob Ashworth, que era veterinario de profesión.

Después, Skye se soltó de la correa cuando Laura intentaba meterlo en el coche. El perro salió corriendo calle abajo detrás de una gaviota mientras su excéntrica vecina, la señora Crabtree, daba gritos de aprobación. Aquello los retrasó otros ocho minu-

tos, y aún perdieron más tiempo cuando salieron de casa sin la cesta del picnic y tuvieron que volver a buscarla.

En total llevaban aproximadamente treinta y seis minutos de retraso con respecto a su plan inicial cuando conducían en zigzag por los soleados campos salpicados de ovejas. Tampoco importaba mucho, puesto que no se ceñían a ningún horario, pero fue el motivo por el que el tío de Laura decidió tomar un atajo.

–Hace tan buen día que es una pena perder un solo segundo –dijo. Poco después se deslizaban por una loma con escasa visibilidad hacia un soto sombreado y por poco acabaron chocando contra un remolque para caballerías.

Si no hubiera sido porque el ex inspector jefe Redfern había participado en numerosas y trepidantes persecuciones cuando era el detective más famoso de Escocia y, por lógica, tenía unos reflejos rápidos, habrían sufrido una colisión frontal. Los niños rebotaron contra sus cinturones de seguridad cuando el coche dio un frenazo, viró bruscamente y se detuvo patinando bajo un manto de árboles oscuros. La carretera resbalaba más que un vertido de petróleo debido a la lluvia de la noche anterior.

Cuando Laura abrió los ojos, su tío estaba inclinado sobre ella con una mirada ansiosa.

–Laura, ¿estás bien? Menudo susto os habéis llevado. Gracias a Dios que tú y Tariq llevabais los cinturones puestos. Si os hubiera pasado algo, no me lo habría perdonado nunca. Skye, ¿estás bien? Si todavía eres capaz de lamerme la cara, supongo que sí. Laura, bien hecho por haberte abrazado a él.

Laura salió como pudo del coche, magullada, congelada y trémula. Se inclinó sobre Skye, que aulló y le lamió la mano. Tariq estaba pálido bajo su oscura piel. Durante dos largos minutos nadie dijo ni mu. Calvin Redfern sacó el termo de la cesta de picnic y les sirvió una taza de café caliente y dulce «para calmar la conmoción». A Skye le dio un par de galletas de perro. Después, el trío permaneció en la verde penumbra contemplando el remolque que podría haberlos matado como si fuera una nave espacial hostil que hubiera aterrizado en su camino con la única intención de herirles.

–Por las marcas del patinazo es fácil saber lo que ha ocurrido –explicó Calvin Redfern, rompiendo el silencio–. El conductor se desvió para esquivar algo, un conejo o un ciervo, y el gancho del remolque se soltó, haciendo que volcara. Parece viejo y en bastante mal estado para circular. No quiero ni imaginar la clase de lesiones que habrá sufrido el poni, el asno o lo que fuera que llevara ahí dentro. Supongo

que el propietario salió ileso, porque logró marcharse, como indican las pisadas en el barro.

»Me sorprende que tu padre adoptivo no recibiera una llamada, Tariq. Es uno de los mejores veterinarios de la zona. O puede que el remolque estuviera vacío. Será lo más probable, porque no veo huellas de cascos de caballo. En cualquier caso, habría sido de gran ayuda que el conductor llamara para comunicar el accidente y permitir que la policía retirase el remolque siniestrado de la carretera. Debemos actuar rápido para evitar un accidente grave. Laura, ¿te importa que tome prestada tu sudadera roja? Puedes ponerte mi suéter. Estás en estado de shock y no quisiera que te enfriases.

Mientras Laura se quitaba la sudadera, su tío buscó una rama robusta y le arrancó las hojas. Después de atar la sudadera a una punta, se la dio a Tariq.

–Hijo, necesito tu ayuda. Mientras yo llamo a la policía, ¿te importaría colocarte en lo alto de la cuesta y ondear la sudadera como una bandera roja de advertencia si ves que se acercan vehículos? Procura ponerte en el arcén. Hay mucha visibilidad viniendo del otro lado, así que pienso que lo que más debe preocuparnos es el cambio de rasante.

Mientras el chico se alejaba deprisa, Calvin se inclinó sobre su coche para sacar el teléfono móvil.

–Laura, hazme un favor y mira el número de matrícula del remolque mientras llamo a la policía.

–Claro.

No obstante, cuando Laura se acercó al remolque volcado con Skye, un escalofrío le recorrió el cuerpo. Sobre su cabeza, las ramas grises y retorcidas de los árboles se entrelazaban como brazos, el denso follaje negro amortiguaba el trino de los pájaros y tapaba la luz del sol. Cuando rodeó el remolque, observando los neumáticos viejos y agrietados, el guardabarros mugriento y el capó desconchado, algo extraño le llamó la atención. No *había* matrícula. En el hueco donde se suponía que debía estar no había nada. Curiosamente, en la zona de alrededor no había polvo, como si el conductor la hubiese limpiado después del accidente. También vio un par de tuercas en el suelo.

–Espera un minuto, Pete –decía su tío al teléfono. Luego tapó el auricular con la mano–. ¿Cuál es, Laura?

–No hay. No hay matrícula, quiero decir.

–¿Qué quieres decir? ¿Se ha caído por el golpe? –Se acercó a Laura, que percibió el gesto de sorpresa en su rostro. Su tío vio las tuercas en el suelo y el pulido guardabarros.– Pete, aquí pasa algo. Han arrancado la matrícula y es como si alguien se hubiese tomado muchas molestias para eliminar cualquier

huella. Voy a echar un vistazo y vuelvo a llamarte. Entretanto, estaría bien que enviaras una grúa cuanto antes.

Las tres últimas palabras quedaron prácticamente ahogadas por un ladrido espeluznante de Skye, que estaba olisqueando el remolque. Casi de inmediato se oyó un ruido sordo procedente de dentro.

Calvin Redfern se quedó inmóvil.

–No me lo puedo creer.

–¡Creo que he visto algo moviéndose! –exclamó Laura, echándose al suelo y escudriñando en la oscuridad del remolque–. Tío Calvin, aquí dentro hay un poni. Me parece que está vivo.

Siguieron dos ruidos violentos que sacudieron el tráiler.

–Vivito y coleando, por lo que se oye. –Calvin Redfern tecleó el marcado rápido de su teléfono.– Voy a llamar a Rob Ashworth. Necesitamos a un veterinario urgentemente. Laura, mete a Skye en el coche y cierra las puertas. No queremos que el animal se asuste más de lo que ya está.

Cuando Laura volvió al remolque saltaban astillas. Se agachó e intentó hablarle al poni con una voz tranquilizadora. La cosa funcionó hasta que dos coches cruzaron el túnel de árboles. Alertados por las señales de Tariq, aminoraron la marcha, pero

uno llevaba la música a todo volumen y no se molestó en bajarla. El animal se puso a patear con más fuerza que antes.

Calvin Redfern miró el reloj.

–Faltan por lo menos diez minutos hasta que llegue Rob. Vamos a tener que ayudar a la pobre criatura antes de que se lastime más. Laura, ayúdame a empujar el remolque a un lado de la carretera. Desde luego, está en un estado lamentable. No me sorprendería que el conductor se hubiese largado para librarse de cualquier responsabilidad. Posiblemente pensó que el caballo había muerto.

–A lo mejor era un ladrón de caballos –sugirió Laura, empujando con todas sus fuerzas las tablas de madera que constituían la caja del remolque. Notó como una cedía.

Pese a la situación, su tío rio mientras intentaba soltar una tuerca con su navaja.

–Has leído demasiadas novelas de Matt Walker –dijo con tono de burla, aludiendo al héroe de Laura, un detective de ficción–. Siempre andas buscando misterios que resolver. Hay muchísimos, es cierto, pero no por estos lares. Dudo que la policía de Cornualles esté abrumada con informes de ponis robados y abandonados en idílicos caminos rurales.

–Si no es así, ¿por qué se habría marchado el conductor abandonando aquí al poni? –preguntó Laura, dando un respingo cuando un ruido volvió a sacudir el remolque, cubriéndola con una ducha de astillas.

–Podría haber un millón de razones. Igual estaba bebido. Igual no tenía seguro del vehículo. El poni estaba silencioso cuando nosotros llegamos, lo que probablemente significa que yacía inconsciente. Puede que su dueño diera por hecho que estaba herido de muerte o incluso muerto, y decidió que no quería pagar las facturas del veterinario. Hay un sinfín de razones.

Una camioneta asomó por la cuesta con un traqueteo, ahuyentando las sombras con sus faros. Se detuvo con un chirrido al pasar junto a ellos, y un hombre de rostro rubicundo y curtido, de pescador o campesino, se apoyó en la ventanilla.

–¿Necesita ayuda, amigo?

Lo que quiera que hubiese dentro del remolque lanzó una arremetida final contra la madera combada. El lateral estalló como un barco desintegrándose bajo el azote de un huracán. Tariq llegó corriendo por la pendiente.

–¿Qué pasa? Ha sonado como si hubiese explotado una bomba.

Se oyó un relincho furioso y la criatura que había debajo de la madera se agitó y al fin se recompuso. Laura vislumbró una oreja color avellana y un trozo de las polvorientas crines antes de que la bestia se irguiera sobre sus pies, sacudiéndose los escombros como un fénix surgido de las cenizas.

Laura dejó escapar un grito ahogado. A la blanca luz de los faros, el pelaje del semental era todo destellos y fuego, y sus ollares rojo escarlata. Cada pulgada de su cuerpo se tensaba en un músculo. El animal se plantó en medio de los restos del remolque con su perfección escultural, mirándolos con una mezcla de pavor y orgullo.

Calvin Redfern dio un suspiro.

–No soy un experto, pero yo diría que no es un poni.